

André du Bouchet

La luz árida

ESTOS DOS POEMAS DE ANDRÉ DU BOUCHET (1924-2001), dan puntual testimonio de algunos de los elementos predilectos del poeta: el aire, la luz, la blancura de la nieve, la montaña. Las palabras se insinúan apenas sobre otra blancura: la de la página, y más que escritas, quisieran ser pronunciadas. Llegadas —como las cosas mismas— a través del aire hasta los ojos, aspiran a ser, por medio de su morosa *proferación*, devueltas al aire. En ese lugar —el *ahí* nombrado desde el primer verso— el yo del poeta se disuelve: es “otro”, ¿altura, aire, nieve? La poesía de Du Bouchet rehúye las definiciones y, sin embargo, define y describe: le da nitidez a lo nombrado sin constreñirlo, lo perfila sin acabarlo. Durante sus últimos años André du Bouchet vivió en una casa de piedra, al pie de una montaña, en la pequeña localidad de Truinas, en el sur de Francia. Durante su sepelio, en la mañana de un día particularmente soleado, comenzó a nevar. La naturaleza, a veces, resuena en perfecto acorde con nuestra humana condición.

Alfalfa

Estar ahí

miembros
o
palabras

pero sobre un brazo
desbordé
como el viento.

*

Amo
la altura que al hablarte
he alcanzado
sin tener

pie.

*

Palabras

antes de mí
la blancura de lo ignoto

donde
las pongo
es

amistosa.

*

Como ensanchado más allá de su
lengua
respirar

perdido.

*

Para ti
como la nieve

antes de que haya nevado.

*

Montaña

que traigo
hacia mí

para pasar afuera.



*
Dormí
en el espesor del batiente.

*
No hay aire
que no se haya roto

y
aire llegar

escindir.

*
Fuego

sin la pesantez
del frío
de lo que falta por quemar.



Aplazamiento

Ocupo solo esta morada
blanca

donde nada contraría al viento

si somos esto que ha gritado
y el grito

que abre este cielo
helado

este techo blanco

nosotros nos hemos amado bajo este techo.

*

Casi veo,
en la blancura de la tormenta, lo que se hará sin mí.

No disminuyo. Respiro al pie de la luz árida.

*

Si no hubiera la fuerza
del polvo
que corta brazos y piernas

sino sólo el blanco
que se vuelca

yo tendría el cielo

profundo surco de una rueda
con la que giramos

y da contra el aire.

*

En esta luz que el sol
abandona, todo calor resuelto en fuego, corrí, clavado a la luz de los caminos,
hasta donde el viento pliega.

Donde desgarro el aire,

tú pasaste conmigo. Vuelvo a encontrarte en el calor.

En el aire, todavía más lejos, que se arranca, de una sacudida, al calor.

El polvo ilumina. La montaña,
débil lámpara, aparece.

Versiones de Jorge Esquinca